

CONCLUSIONES

LÍMITES PARA LA DEMOCRACIA PROGRESISTA

A TRAVÉS DE ESTE TRABAJO hemos hecho un recorrido por una serie de problemas socioculturales desde las ciencias sociales. Por un lado, hemos presentado a través de información empírica de distinto origen, así como de datos contruados a través de una encuesta propia, la relación entre crecimiento de la desigualdad social, relación con los medios de información y características del público de programas periodísticos en la pantalla argentina hacia fines del año 2001 y primer semestre de 2002, teniendo como horizonte de análisis el devenir de las clases medias. La particularidad de esta investigación es su atravesamiento por una conflictiva coyuntura, una crisis económico-social que se iba acentuando al mismo tiempo que crecía la ilegitimidad de un gobierno democrático y del sistema político en general, y específicamente por la emergencia de un estallido social y político no previsto y de características excepcionales. Estos acontecimientos y su devenir marcaron el curso del trabajo. Un sentimiento profundamente negativo atravesó la sociedad argentina a lo largo del año 2002, experimentado quizás anteriormente en los primeros años de la última dictadura militar. La situación social, política, económica y subjetiva que caracteriza a nuestro país desde ese entonces nos implicó sobremanera, y puede que mucho de lo que aquí se dice tenga marcas cuestionables desde

el punto de vista de la lógica formal de la investigación. En todo caso, ha sido nuestra intención presentar lo social en términos de la interrelación de múltiples dimensiones. Desde nuestra perspectiva, es clave para entender el modo en que las clases medias miran la televisión y se vinculan con la política y la sociedad a partir del conocimiento de cómo se compone hoy la sociedad argentina y cuáles son los procesos sociopolíticos que han hecho que la clase media fuera pulverizada y fragmentada. Asimismo, pensamos que es imposible abordar lo que se muestra en la televisión y lo que dicen los periodistas televisivos –a quienes incluimos en la categoría de intermediarios culturales– sin conocer la dimensión que ha adquirido lo comunicacional desde el punto de vista empresarial en la lógica del capitalismo actual y de sus formas nacionales, así como también es imposible dejar de lado la cuestión social al hacer referencia a estos nuevos intermediarios culturales.

En relación a la primera cuestión, constatamos una vez más la profundidad que adquiere la desigualdad social y la injusticia en la sociedad argentina. Pero si bien esta observación no es sólo nuestra, ya que es compartida con diversos analistas de la realidad argentina, nos interesa destacar la dimensión sociopolítica de este proceso, sus interrelaciones con otras dimensiones de lo social. Los grupos económicos dominantes, locales y extranjeros, han presionado a diversos gobiernos, primero con la implementación de golpes militares y luego con la negociación corrupta con parte de la clase política y el Estado, con el propósito de conformar una sociedad menos conflictiva, menos sindicalizada y menos alfabetizada. También hemos podido observar cómo las regulaciones del Estado, a partir de legislaciones y decretos, contribuyen en la dirección impuesta por estos grupos de poder. Así es como la Reforma del Estado, la radicalidad del proceso de privatización de una gran cantidad de empresas estatales iniciado en los noventa, la crisis de la seguridad social, la disminución del presupuesto para la educación pública y la cultura, la ley de reforma laboral, constituyen instrumentos del Estado que han contribuido a dar forma a las nuevas relaciones de dominación social. Es en ese contexto en el cual las clases medias han ido perdiendo iniciativa o se ha ido debilitando su capacidad de acción y de representación política. Esto se puede constatar tanto objetiva como subjetivamente. En estas últimas tres décadas se ha producido una profunda polarización social en términos de accesos, derechos, posibilidades y dificultades para llevar vidas dignas.

Las clases medias también están atravesadas por los problemas sociales y se encuentran en un proceso de resignificación fuerte de los imaginarios sociales que fueron construyendo durante el largo proceso de movilidad social ascendente. El desempleo, la subocupación en trabajos de menor calificación a la formación adquirida, las deudas y las dificultades para acceder a la vivienda o para seguir avanzando en térmi-

nos de bienestar personal y familiar; el dolor de dejar los estudios universitarios, la disyuntiva de quedarse o irse al exterior; la desesperanza, la desconfianza del otro, la ruptura del vínculo “educación para el ascenso social”, el temor ante la posibilidad de que los hijos no se encuentren en mejor situación que los padres, el abandono paulatino de ciertos consumos o de bienestar adquirido, etcétera. Todas pérdidas. Así, en el marco de las pérdidas producidas a lo largo de una década, el proceso culmina con un acontecimiento casi único en el mundo: la incautación bancaria de los ahorros generados muchas veces por las indemnizaciones de los despidos como un modo de impedir la caída de los bancos ante la huida millonaria de dólares del país. Con ese acto se estaba poniendo en evidencia la falsedad y fragilidad del modelo de la convertibilidad a través del cual se había construido una sociedad ficticia. En el marco de la valorización financiera, una fracción de las clases medias aprovechaba las migajas de la corrupción capitalista a través de plazos fijos bancarios, producidos por la ficción de la convertibilidad. Todo eso terminó dramáticamente. En este despojo comienzan a caer mitos y velos.

Dos son los imaginarios más significativos que pudimos advertir en este trabajo, en relación a procesos de larga duración (Cuadro 53). En el primer caso estamos haciendo referencia a la manifestación explícita de ausencia de saberes, como el empobrecimiento en el lenguaje, la disminución del nivel cultural en general, la desinformación, proceso que podría estar asociado a la pérdida de cultura política. Como decíamos anteriormente, cuando más se acude a lugares comunes o al sentido común en la reflexión sobre la realidad social, más se pone en evidencia el vacío, la desinformación, el no saber, la dificultad de pensar. Y esto redundando en el lazo social. Es prácticamente imposible el diálogo, la conversación, y se expresan los pensamientos desde el sentido común irreflexivo. Este fenómeno se produce tanto en los intermediarios culturales mediáticos como en las clases medias. Se manifiesta en ambos casos una búsqueda desesperada a lugares comunes como sostén de una realidad que parece inaprensible y hostil. Más allá de cierto florecimiento que se viene dando en el plano cultural post-crisis, la gran mayoría de la sociedad no lee, no lee el diario, tiene escaso contacto con la cultura.

En segundo lugar, nos impacta sobremanera la crisis del imaginario central referido a la pertenencia al país, la desilusión, la evaporación de un mito: “la Argentina es un país rico que se empobreció”. Esto es, las clases medias manifiestan una profunda perplejidad y asombro frente a la vivencia de la contradicción de habitar una tierra proveedora de alimentos, rica, pero a cuya riqueza no se puede acceder. Uno de los mitos fundantes de los siglos XIX y XX de la Argentina ha sido la cuestión de la riqueza argentina. Frente al hambre europeo producto de las guerras, en este país nadie podía morir de hambre, ni tampoco dejar de trabajar, porque precisamente se trataba de un país con

tierras fértiles y vírgenes, con mucho potencial, y en el cual siempre habría algo para hacer. Con esta idea vinieron millones de inmigrantes, aunque es importante recordar que muchos se volvieron. Es obvio que esto último quedó fuera del mito. Muchas preguntas y dudas surgen en este proceso de recomposición de los imaginarios sociales de quienes habitan este país: ¿la Argentina ya no es un país rico? ¿Puede ser que un país sea rico pero sus habitantes pobres? ¿Quiénes son pobres, todos nosotros? ¿Quiénes no son pobres? Qué significa la riqueza cuando crece el porcentaje de gente que vive debajo de la línea de pobreza, cuando la gente se muere por desnutrición, por anemia, por enfermedades que parecían desterradas en un país que supo tener una importante salud pública, hospitales-escuela de formación académica asociados a un proyecto estatal, hoy deteriorados, carentes de casi todo, donde lo que sólo queda es la masa crítica, los médicos, no se sabe hasta cuándo porque carecen de presupuesto. En el mismo plano podemos colocar como instancia igualadora, en la otra Argentina, a la educación pública, institución clave en la difusión del conocimiento con vocación universal que permitió generar tanto en el plano intelectual como artístico destacados productores culturales, hecho que continúa aún hoy a pesar de las fuertes limitaciones presupuestarias e institucionales. Parece no existir ya la educación pública, sino escuelas públicas para distintos públicos y distintas demandas sociales y culturales, atravesadas por la crisis del proyecto estatal y la crisis societal. Una escuela que ha pasado en muchos casos a constituir un espacio de contención social, un lugar donde comer, de resguardo frente a la anomia social en el resto de las relaciones sociales y de otras instituciones, incluso de la debilidad de los vínculos familiares castigados por el desempleo, la ausencia de seguridad social y la falta de perspectivas en general.

Otra cuestión significativa en los nuevos imaginarios de las clases medias castigadas, que se incluye en el anterior, es la imposibilidad de tener proyectos. Ya nadie proyecta, y por el contrario, se imagina que –en el exterior– se pueden hacer proyectos. Si generaciones anteriores venían a la Argentina para tener proyectos a largo plazo, ahora las generaciones actuales apelan a su identidad de origen para imaginar proyectos a largo plazo en otro lado. Primero fueron los golpes militares cada vez más represivos, luego las recurrentes crisis económicas y la ficción de la convertibilidad la que generó una sociedad que vive en el presente y no se proyecta hacia el futuro. En todo caso, educa a sus hijos para vivir nuevos presentes. Durante el consumismo menemista, en particular en el primer mandato, la gente vivía en un estado de alegría de corto plazo. El futuro no aparece como promesa sino como incertidumbre. El consumismo se instala en ese lugar, en el acto de satisfacer necesidades inmediatas, anulando la proyección individual y social. Este discurso de la privatización supone la conformación de

un sujeto que, si bien se vincula con los otros, no se piensa en relación a un colectivo sino que acentúa sus cualidades individuales. No se puede pensar este proceso económico, clave en el menemismo, sin tener en cuenta su dimensión subjetiva. Los datos cuantitativos confirman lo que observamos, la gente lee menos, sale menos, se refugia en el hogar y mira la TV. Si bien la TV no determina sus comportamientos, acompaña un proceso que ha ido destruyendo el espacio público en sus distintas dimensiones, culturales, políticas, sociales.

La voz de los intermediarios culturales mediáticos ocupa un espacio casi único en ciertos estratos sociales, al no existir otras voces paralelas más allá de las que derivan del campo intelectual o artístico. No podemos pretender que todos se interesen por el consumo cultural. Como se sigue comprobando, la cultura constituye un bienpreciado por la mayoría de los argentinos aunque cada vez sean más grupos autorreferenciales los que se vinculan con ella. Estamos haciendo mención a la ausencia de otros espacios de sociabilidad, como eran tradicionalmente los espacios barriales, los locales de los partidos políticos, el lugar de trabajo, el club deportivo, la escuela. En el marco del debilitamiento entonces de los espacios de encuentro, del lazo social, la TV cobra un lugar significativo. Mucho de lo que circula cotidianamente deriva de las palabras de la TV. No estamos adoptando una posición determinista. En relación a nuestro caso, la TV ocupa el lugar que otros escenarios no ocupan y en él se proyectan entonces las fantasías sociales.

Además, como lo muestran una y otra vez los datos cuantitativos y las palabras de las clases medias, la TV ocupa un lugar significativo en relación a otros medios de comunicación. La gente se informa a través de la radio y la TV, y en tercer lugar, lejos, por el diario. Entonces podemos decir que no sólo se informa o no se informa, más bien, a través de la imagen televisiva construye imágenes de la realidad. La gente ya no imagina los escenarios sociales, resignifica los que la TV, el poder comunicacional en el que la TV se inserta actualmente, genera. Así, los sujetos son acompañados por imágenes televisivas en su vida cotidiana.

En efecto, los intermediarios culturales actuales tienen un papel significativo en la conformación de imaginarios sociales no sólo a través de la palabra que transmiten sino en todo caso poniéndole palabras a las imágenes de lo social. Confirmando las elaboraciones de Scott Lash expuestas anteriormente en torno a que la representación de la realidad y del universo actual es figural no discursiva, decimos que con la TV se construyen escenas, no palabras. La gente se vincula con la realidad cada vez más a través de imágenes y no de palabras. A las palabras se les sobreimprime un significado determinado por la fuerza de la imagen, quitándole poder y capacidad de imaginar, cualidad inherente a la condición humana, siguiendo a Castoriadis. Los intermediarios culturales actuales hablan acompañados de la producción de una imagen cada

vez más atractiva, veloz, generada por la edición y una nueva estética –potenciada por las capacidades de la tecnología actual. Esta asociación constituye un entramado fuerte. Es la lógica del espectáculo la que marca el tiempo de los programas y sus palabras. De todos modos, a pesar de esta determinación de carácter estructural, existen diferencias. No todas las imágenes son iguales, y si son iguales, aparecen distintas maneras de interpretarlas, aunque convengamos que el lenguaje de los periodistas también se ha empobrecido. Según hemos analizado, no es lo mismo Hadad que Tognetti, y este tampoco es igual a Lanata. Expresan diversas racionalidades, pero aquí manifestamos un dilema: ¿se trata de variedades en el sentido que plantean Lash y Urry, en términos de nichos de mercado, lo cual llevaría a plantearnos que aunque existieran uno u otro y solo uno, sería lo mismo? (Cuadro 54). O por el contrario, ¿podemos pensar como positiva la existencia de estas diferencias? Nos preguntamos ¿en qué medida se conforma el espacio público, en qué medida estos intermediarios culturales acercan los sujetos sociales a la política, en qué medida hay lugar para lo alternativo? Si nos hemos quedado con menos palabras, surge el interrogante acerca de las posibilidades de la crítica de la realidad. De esta manera compartimos cierto escepticismo en torno a la presencia dominante de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías. Esta maquinaria comunicacional impone, como sostienen diversos teóricos socioculturales, un nuevo régimen de significación que asume singulares características en sociedades cada vez más desiguales y sobre todo, como en el caso de la Argentina, más fragmentadas. No importa quién está primero, estamos hablando de procesos paralelos que se articulan: lo social y lo tecnológico-cultural forman parte de un mismo sistema social.

Sin embargo debemos también referirnos a esta cuestión: ¿cuánto tiene que ver la política en este vaciamiento de la complejidad de las palabras? ¿Cómo opera la publicidad en el uso del lenguaje contemporáneo? Quizás el abuso que hizo la modernidad radical de las palabras, las palabras cargadas como fusiles –esta articulación típica de los años setenta– terminaron agotándose con el fracaso de procesos sociales y políticos del siglo XX. Con la caída del Muro de Berlín, con el debilitamiento del socialismo a nivel mundial, y en nuestro caso particular, en el marco de la tragedia argentina, las sociedades y la cultura occidental comenzaron a jugar con las palabras.

Los programas periodísticos, tanto los estrictamente de información política como los periodísticos nuevos, de frecuencia semanal y de estilo *magazine*, aparecen atravesados por una estética humorística. A la seriedad y al modernismo jerárquico de otrora se opone un estilo aparentemente igualador, que anula las distancias entre los pares, curiosamente en un momento de agudización de las distancias sociales. Se manifiesta un tono irónico frente a la realidad de la cual se está dan-

do cuenta, cómo hablamos de esa realidad y desde dónde, parecen ser las preguntas de los intermediarios culturales; menos parece importar el qué, de qué se habla. El punto allí es qué palabras elegimos, todas no son iguales. Aunque en el fondo, según hemos expresado a lo largo del libro, todas se parecen a pesar de las diferencias que expresan los intermediarios culturales mediáticos. Como decíamos, no es lo mismo Daniel Hadad que Tognetti. Sin embargo, deducimos en este trabajo que las diferencias observadas se expresan preferentemente en el orden cultural y moral, aluden a diferentes concepciones en torno a la vida, las relaciones sociales, la sexualidad. Es evidente que expresan distintas formas de vida, y si bien suponen distintos posicionamientos políticos e ideológicos, estos tienden a estar opacados y alivianados.

Curiosamente, en los días previos al 19 y 20 de diciembre, tanto en el programa conducido por Jorge Lanata como en el conducido por Daniel Hadad se alude al llamado “corralito” –esto es, como explicáramos, a la imposibilidad de las clases medias de disponer libremente del dinero depositado en el banco– prácticamente del mismo modo. Ante lo inaudito de la situación, en ambos se apela al esquema del socialismo, soviético en el primero y cubano (un referente más actual) en el segundo. Así, el discurso moral, el espanto frente a una realidad incomprensible, y las imágenes increíbles a las que se recurre para explicar la situación al conjunto de las clases medias que sufren el problema, asumen un carácter ideológico y no contribuyen a la comprensión social. También los “nuevos programas” insisten en el discurso anticorrupción, según hemos presentado. Este discurso genera consenso y probablemente nadie se anime a cuestionarlo; alude a enseñanzas morales y religiosas que hacen a la existencia del lazo social. De esta manera se produce un desplazamiento del complejo entramado de las relaciones sociales que fundamentan la dinámica del capitalismo financiero en la actualidad. Con lo cual la denuncia reiterada se convierte en catarsis colectiva y todo queda en el olvido.

La vertiginosidad de los acontecimientos implicó una transformación cotidiana de los sentimientos sociales. La emergencia de tonos emocionales diversos a lo largo del período provocó cambios en los programas televisivos. A comienzos de diciembre, antes de los acontecimientos políticos y económicos que se desarrollaron, el vocativo que los programas articulaban era el de una indiferenciación social: “gente”, y sobre este colectivo se asentaban las diferentes tematizaciones. A partir de la aparición de los primeros saqueos y las primeras protestas económicas, las identificaciones sociales que comienzan a tematizarse son las de clase media y la de pobres; paralelamente se habla de la inseguridad y la violencia de los hechos (saqueos y muertes) y de la del gobierno sobre la población (en este caso es una violencia por la subversión de los derechos y la legalidad). Aparecen aquí las diferentes maneras de la

protesta vinculadas con los distintos sectores sociales: corte de ruta de desocupados, cacerolazo de la clase media, saqueos de los indigentes. Hacia el final del período estas diferencias se licuan, y vuelve a aparecer una convocatoria de clase más general, identificada en este momento con la clase media, a la que se le habla de la inseguridad personal y jurídica y cómo afrontarla (Cuadro 55).

Como vimos, ambos programas se diferencian: “Detrás de las noticias” trabaja desde la alegoría (imagen del cacerolazo, de la gente protestando) la consigna del “que se vayan todos” y tiene un privilegio de los temas políticos. En el caso de “Después de hora” hay una mirada de la inseguridad física, en la que funcionan de manera ejemplificadora las muertes de los policías; el otro tema convocante del programa es el de las políticas económicas y el consiguiente empobrecimiento de la población. Estas miradas articulan la necesidad de “orden” político y social, de que se “regule” y “ordene” la cuestión social.

Pero así como en la palabra política mediática periodística la derecha está sobrerrepresentada hacia la segunda mitad de la década del noventa, aparece tímidamente otra palabra periodística de corte “progresista”, que revela a través de nuestros análisis un conjunto de contradicciones. Esta fragilidad de la palabra progresista se articula con el modo en que las clases medias empobrecidas procesan la Argentina actual, la política y los problemas en los que se hallan insertas. En esta fragilidad y en las contradicciones de esta palabra podemos advertir el impacto de la dictadura en el modo en que han sido introducidos mitos, creencias y formaciones de sentido común, las cuales si bien quedaron entre paréntesis durante el momento de la transición democrática, fueron recuperadas durante la década del noventa. A partir de nuestro trabajo de campo en ambas perspectivas, cuantitativa y cualitativa, se puede advertir la creencia fuerte acerca de que los males del país son producidos por la política y los políticos y por la militancia política. La figura del militante político es rechazada y considerada como una práctica negativa. Ahora las clases medias se presentan lejos de la política en los medios y se produce una disociación entre su “espontaneismo” y su desvinculación de la política con la represión producida el 20 de diciembre, precisamente sobre la clase media. Ante este acontecimiento se produce un olvido. Este discurso atraviesa todos los perfiles culturales y socioeconómicos, tanto desde la derecha como desde el llamado espacio de centroizquierda. Para la derecha mediática, esta culpabilización adopta un tono ideológico claro: quienes se dedican a hacer política son los radicales, los estudiantes universitarios de esa fuerza y obviamente la izquierda en general. Al responsabilizar a los estudiantes universitarios establecen una identificación de los militantes políticos con la universidad pública, ya que la universidad privada, por el con-

trario, carece de esta dinámica estudiantil y por lo tanto de la presencia de la política: no genera políticos, sino empresarios.

Los elementos que estamos presentando y que configuran aspectos de un discurso de derecha modernizado, que incluye cambios culturales y un nuevo tono emocional, una nueva manera de mostrarse y expresarse, se condensan fundamentalmente en el debilitamiento de la autoridad estatal. En la referencia al Estado si bien tanto la derecha como el discurso de centroizquierda se diferencian, en todos parece haber anclado fuertemente un discurso antiestatal. En el caso de Lanata, no parece haber discriminación: Se manifiesta una decepción frente al sistema democrático de quienes más lo apoyamos y creímos en él.

El modo en que actuó la televisión en esos días reforzó la idea imaginaria que fue la gente en la calle la que determinó la renuncia de De la Rúa, lo que para nuestro criterio supone una naturalización de lo social y asume entonces su carácter ideológico. La televisión construye el discurso a través de lo visible, la imagen, y descarta la representación discursiva en los términos que plantea Lash.

Si tomamos la realidad como era presentada en la televisión, podríamos suponer que lo que estaba ocurriendo era consecuencia de gente situada en la calle en forma irregular, en tono de protesta y de destrucción de aquello a lo que no podía acceder, comida y objetos de consumo. También sabíamos a través de otros indicadores qué estaba pasando a nivel institucional, tanto partidario como del Estado y en relación a las fuerzas económicas. Cada uno de los actores tuvo una presencia peculiar en esos días.

La caída absurda de De la Rúa nos muestra las dificultades de coexistencia entre el capitalismo salvaje y un sistema político democrático profundamente debilitado y con una creciente ilegitimidad. Lamentablemente, el gobierno de la Alianza no pudo detener un proceso político-cultural inédito de múltiples dimensiones y consecuencias, una progresiva despolitización de la sociedad y un creciente desinterés por la participación en la vida política en el marco del sistema democrático, lo cual se puso en evidencia en las elecciones del 14 de octubre de 2001, pero que se había iniciado, pensamos, en los últimos años del alfonsinismo, con la disminución de la participación de la gente en política, las recurrentes crisis económicas e institucionales y la errática política radical en materia de derechos humanos, cuestión que había constituido la base de la naciente democracia.

Dejando de lado la cuestión de los saqueos⁷⁵, y la crisis del sistema político, lo aparentemente inédito (inédito para la mirada mediá-

75 Si bien la magnitud de los saqueos aparece como inédita en la sociedad argentina, estos ya se habían producido poco más de una década atrás y constituyeron el antecedente de

tica) del denominado estallido social de diciembre es el surgimiento de la protesta colectiva de distintas fracciones de los sectores medios, fenómeno que fue tematizado y simplificado por los medios identificando y reduciendo su protesta a una causa inmediata, la lógica del sentido común, esto es, la imposibilidad de usar los fondos retenidos en el sistema bancario, el llamado corralito.

El accionar cotidiano de los sectores medios a través del golpeteo persistente de cacerolas se denominó “cacerolazo” y así se visualizó el problema argentino en el mundo, a partir de imágenes de gente con aspecto de clase media.

En los medios, la TV en particular, se insistía en la espontaneidad y en la creencia en que era la primera vez que la gente salía a la calle, lo cual, si hacemos un poco de historia, resulta una argumentación falsa de tono ideológico, ya que sirve para confirmar nuevamente el prejuicio acerca del imaginario sobre las clases medias, las cuales se orientan desde motivaciones individuales como “el bolsillo”. El imaginario de diciembre de 2001 explica la cuestión de la siguiente manera. Si bien la convertibilidad, pauta cambiaria presentada más allá de las necesidades de ciertos grupos económicos que ejercieron fuerte presión en la Argentina de los noventa, fue la causante de una parte importante de los problemas económico-sociales de la Argentina, un sector de las clases medias se vio beneficiado por las consecuencias de dicha política cambiaria y no constituyó un actor de protesta colectiva durante los años del menemismo, excepto las clases medias empobrecidas golpeadas por las políticas de disminución de la intervención estatal en la sociedad, y los continuos ajustes como los empleados públicos en general, el gremio docente y los jubilados, visibles a través del papel de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) en la conformación de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA). Este tipo de razonamiento se contradice históricamente si nos remontamos a los años sesenta y setenta. Allí podríamos detectar vínculos entre fracciones de estas clases con las distintas ramificaciones de la izquierda, movilizaciones masivas en defensa de la educación laica frente al avance de la educación privada (Iglesia, corporaciones transnacionales), la participación estudiantil secundaria y universitaria, la “noche de los bastones largos” (episodio ocurrido en los comienzos de la dictadura del general Onganía en 1966, que consistió en el avasallamiento de la universidad por las fuerzas de seguridad y produjo un éxodo masivo de intelectuales

la crisis política del primer gobierno de la democracia post dictadura. También dejaron ver, más allá de la manipulación y el rédito obtenido por ciertos caudillos peronistas, el crecimiento del hambre. A partir de estas escenas se puso definitivamente en evidencia que la Argentina ya no era un país caracterizado por cierto bienestar e igualitarismo, diferente al resto de América Latina.

al exterior), la emergencia de movimientos culturales de diverso tipo, la radicalización estudiantil de los años sesenta, la acción cultural en espacios marginales, el llamado Cordobazo, etcétera. Junto con esta imagen cristalizada de las clases medias que salen por primera vez, la TV refuerza un proceso social en curso, la fragmentación social. Al apelar a la imagen del momento para ilustrar los hechos sociales, los medios promueven la deshistorización de los fenómenos sociales.

En esta apelación al espontaneísmo de las clases medias estaría subyacente el reconocimiento social al derecho de propiedad, la propiedad del dinero robado, aunque nunca se diga quiénes son los responsables ni se establezca alguna articulación entre las causas de la salida a la calle de las clases medias y las causas de la salida a la calle de las clases populares. Es obvio que salir a “romper todo”, “saquear” y robar son actos discutibles más allá de que el hambre y la desesperanza puedan justificar todo. Lo notable de la forma en que lo presentan los medios revela nuevamente su papel de control social y de opacamiento de las relaciones sociales y los procesos sociales al establecer fracturas en las prácticas “presentables” de unas clases con respecto a las “impresentables” de las otras. En el programa de Lanata, en cambio, aparece otro recurso de división social. Se presenta a las clases populares como lo otro, los otros que no somos nosotros. Pero tampoco aquí se complejiza el problema dando cuenta de lo que significa para estas clases populares, con una larga historia de clase trabajadora argentina sindicalizada, convertirse en masas en disponibilidad utilizadas en su urgencia para otros fines.

Por último, voy a hacer un análisis de las figuras de los intermediarios culturales mediáticos abordados en esta investigación en términos de clase social, aunque este análisis resulte anticuado, pero el mismo deriva del modo en que hablan y se posicionan frente a la realidad y dirigiéndose a quienes se sientan en sus casas a mirarlos y a recibir imágenes.

Como decíamos en el capítulo dedicado al análisis de los programas en cuestión, Hadad y Lanata se posicionan de manera distinta en relación a sus receptores. Hadad se ubica “más arriba” de su audiencia, en el estilo del periodista emblemático de la derecha argentina Bernardo Neustadt, que le habla a “doña Rosa”, figura imaginaria de escaso conocimiento y vida pública. En este posicionamiento, se sitúa en el lugar del saber, de la experiencia y de los contactos con el poder. Así como hacíamos referencia en la larga descripción de su biografía, también en su programa Hadad remite a su estrecha relación con el poder, poder en el cual situamos a, en primer lugar, los empresarios, algún funcionario de un organismo financiero internacional, algún economista en Washington (esto es, cerca del presidente Bush), pero dado el carácter del capitalismo actual y del vínculo que las clases altas nuevas tienen

con el resto de la sociedad, también incluye en el poder a algún sindicalista de la vieja guardia y, por supuesto, a un jefe de seguridad, esto es, nuevamente, el orden social bajo control. En su imaginario, el poder no tiene que ver con la política, a la que desprecia. En su concepción –a lo que podríamos agregar que es en gran parte la concepción de la nueva derecha, de las nuevas clases altas– la política pone trabas al poder y aparece siempre como ineficaz e inoperante desde la perspectiva del imaginario economicista, empresarial. Si bien su formación es de abogado, la cuestión de la ley asume, como decíamos anteriormente, un sentido moral y de representación de lo social en términos asimétricos: los de arriba y los de abajo. No es universal. Esta nueva clase que accede a la riqueza poco se legitima a través de la cultura de la cual desconfía, como desconfían también los empresarios argentinos recientes, enriquecidos a la luz de la valorización financiera de los noventa. Alguna asociación con el fascismo parece no ser casualidad. Como los pobres no pueden estar de otra manera que no sean inactivos, dado que el capitalismo financiero requiere escasa mano de obra, promueven una postura persecutoria hacia los pobres fundada en la represión, y de control sobre el orden social. A aquellos que no son incorporados en trabajos precarizados sólo les queda la cárcel y la persecución. Desde este imaginario de las nuevas clases altas, se presiente que los pobres sobran, sólo queda construir más y más cárceles y generar servicios de seguridad privada, blindar los autos y cercar los espacios sociales.

La pobreza y el ser una persona de bien es una cuestión de voluntad y de valores. En este imaginario jerárquico, persecutorio, el movimiento piquetero y los líderes sindicales combativos que cuestionan la representación dividida del orden social son identificados con el desorden y el caos.

Lanata le habla al “nosotros”, a las clases medias. Trata de encarnar su voz, hablando como ellos, pero fundamentalmente pensando que ellos tienen la misma edad, hacia abajo. Lanata es la expresión de una clase que se quedó sin política, de quienes creyeron en la democracia alfonsinista, que desconfía profundamente de la izquierda, a la cual identifica sin reflexión con los partidos de izquierda realmente existentes. Una clase que se quedó sin proyecto, que fue golpeada duramente por el fracaso de diversos ideales a lo largo de cuatro décadas, encarnando en la actualidad un tono pragmático, irónico, vinculado con la preservación personal y con la lógica económica dominante. A diferencia de Hadad, Lanata se sitúa lejos del poder; por el contrario, manifiesta que el poder nos engaña, nos saca el dinero. Se hace referencia a un engaño indescifrable. Cuando le habla a la clase media le advierte acerca de las limitaciones del orden social, con el cual sólo podemos aprender a negociar para poder subsistir. También cuando alude al poder se pone del mismo lado que los pobres. A diferencia del inter-

mediario anteriormente analizado, aparece una voz vacilante y debilitada. En la crisis de imaginarios progresistas, los ideales se subestiman y también se debilitan los posicionamientos y compromisos personales. Así es como se adoptan posiciones diversas, a veces contradictorias, frente a los problemas y a los otros, los de arriba y los de abajo. Agotado de la izquierda y de su falta de visión, se identifica con cierto pragmatismo de derecha para cuestionarla. Agotado de la derecha, se apoya en la cuestión de los derechos humanos y en el imaginario de la libertad y el respeto. De todos modos, lo que refleja mejor su cosmovisión y su identificación con el nosotros de clase media es cierto agotamiento, desilusión, desencanto y desconfianza de los políticos. Un imaginario que se fue construyendo desde las limitaciones que la democracia fue expresando desde su retorno en 1983. Este desencanto y desilusión fue construyendo un individuo escéptico, poco idealista, excesivamente individualista, cortoplacista y pragmático. Allí ubicamos a Lanata, y a través de él a los nuevos imaginarios sociales de las clases medias que supieron ser progresistas.

